# IDENTIDAD NACIONAL Y SUCESIÓN GENERACIONAL EN CUBA[1]

*María Isabel Domínguez*

**A manera de Introducción**

La identidad cultural y nacional ha sido uno de los temas emergentes en el ámbito académico y también en el político en los últimos años, aun cuando su tratamiento tiene larga data en múltiples contextos.

La complejidad de las relaciones internacionales en una época de acelerada globalización económica y cultural, acompañada de intensos procesos de fragmentación regional y al interior de las naciones, que impone un conjunto de retos y ambigüedades al papel de los Estados – Nación; los fuertes procesos migratorios hacia los polos de atracción que representa el mundo desarrollado que hacen confluir diversos grupos nacionales en el entorno de una nación y, a la vez, existir importantes comunidades nacionales interesadas en preservar su identidad fuera del territorio principal en que ésta se asienta; y el fracaso de la experiencia socialista en Europa del Este en conformar nuevas identidades nacionales, evidencian un panorama que justifica tal emergencia.

En un encuentro científico celebrado en La Habana a mediados de la pasada década[2] alguien comentaba que el tema de la identidad estaba de moda como objeto de investigación social, a lo que otros especialistas respondían:

*"[...] es muy lógico que el problema de la identidad esté de moda, porque es uno de los grandes problemas de la humanidad contemporánea [...] No es un problema impuesto por las ciencias sociales, la realidad que estamos viviendo se lo está imponiendo a las ciencias sociales."* (Rodríguez, 1995, 69).

---

[1] Enviado para su publicación en compilación en Francia, 2003.

[2] Me refiero al Simposio celebrado en junio de 1995 bajo el título "Cuba: Cultura e Identidad Nacional", auspiciado por el Ministerio de Cultura, la Asociación Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y otras instituciones.

**Algunas precisiones conceptuales y metodológicas**

Existe suficiente consenso en atribuir un alcance abarcador, incluso en sentido histórico, al concepto identidad, como el mecanismo de autoidentificación de cualquier individuo o agrupación humana ante sí misma y frente a otros. De ahí el carácter polivalente del concepto para aludir a rasgos y niveles de esa autoidentificación, que abarca desde el nivel del individuo, la familia, grupos de género, generacionales, étnicos, raciales, ocupacionales, clasistas, territoriales y tantos otros.

Algunos autores enfatizan en la expresión de la identidad a través de una serie de valores implícitamente asumidos que guían creencias, actitudes y comportamientos. Esos valores se conforman como visión esquematizada o estereotipada que define a un grupo, sociedad o cultura y, por consiguiente, a sus miembros individuales. *"En realidad cada sujeto es un intersujeto, cada yo un nosotros. Vista desde fuera, la frontera de ese yo – nosotros ideal se define por una continuidad en el espacio – tiempo de una serie de rasgos, atributos y caracteres, que se transmiten en virtud del diálogo transgeneracional histórico que es la culturización y la socialización, y que desembocan en una "visión" o "modelo mental" colectivo".* (Martín, J.M, 1997, 125).

También los autores cubanos han abordado teóricamente esas relaciones al destacar: *"La identidad es tanto el ser como la conciencia de ese ser y es también la conciencia de que eso implica igualdad y diferencia con otros […] No todo es subjetividad en esa identidad, pero sin el componente subjetivo es imposible delimitarlo […] No todo tampoco es conciencia en la identidad […]*(de la Torre, 1995, 33) *"[…] qué cosa es identidad … conciencia de mismidad"* (de la Torre, 1995, 31).

No obstante otros/as investigadores/as aclaran:

*"[…] la identidad constituye, en esencia, un proceso sociopsicológico de comunicación. Y en este sentido interesa no solo la 'mismidad' sino, sobre todo, la 'otredad".* (García y Baeza, 1996, 12).

De las consideraciones anteriores se desprende que la identidad es particularmente sensible a los cambios en los contextos económicos, políticos y sociales, tanto internos como externos y también lo es a la dinámica de las interacciones entre subgrupos internos del propio grupo y a las que se producen con otros grupos.

La identidad nacional se expresa en tres dimensiones: la cognitiva (percepciones), la valorativa (normas) y la emocional (autoestima, autoimágenes y heteroimágenes) (Ramírez, 1990).

El proceso identitario en su sentido más amplio engloba tres componentes o subprocesos:

1. Desde el punto de vista del sujeto o de los grupos humanos que intervienen (sujeto de identidad y "otro" significativo).
2. Desde el punto de vista del objeto o de los valores identitarios (producciones materiales y espirituales del sujeto de identidad).
3. Desde el punto de vista de las respuestas o de la actividad identitaria, que incluye: la diferenciación – identificación, la producción de respuestas de identidad y la circulación de la memoria histórica. Actividad identitaria que puede tener diversos grados de estructuración, concientización o institucionalización (García y Baeza, 1996).

En esa compleja red de identificaciones, la identidad nacional corresponde a una forma moderna de agrupación humana en la que se expresa la nacionalidad y que comúnmente – aunque no necesariamente – se corresponde con la existencia de un Estado - Nación. Es una forma peculiar y concreta de expresión de la identidad cultural (entendida en su sentido amplio) de un grupo nacional.

La identidad nacional es un proceso multidimensional y cambiante, capaz de englobar a los diferentes grupos que componen la estructura social, a los rasgos particulares de socialización y a las transformaciones de los momentos históricos. Por tanto, la identidad nacional es un conjunto de identidades que no se dan por sumatoria sino por síntesis.

La identidad nacional es la integración de los rasgos objetivos que poseen los pueblos y de las representaciones sociales compartidas que tienen sobre esos rasgos. Este es un elemento esencial de naturaleza teórica en la comprensión de la identidad, con repercusiones posteriores para su abordaje metodológico. Muchos autores enfatizan en las

características objetivamente compartidas por un pueblo como conformadoras de su identidad (Díaz Guerrero, 1984). Otros absolutizan el elemento subjetivo (Sangrador, 1981; Salazar, 1987; González, 1995).[3] En realidad, la identidad es una combinación de ambas cosas (Montero, 1987; de la Torre, 1995).

La complejidad del fenómeno y la necesaria diversidad de aristas conceptuales que requiere su análisis obliga a un acercamiento metodológico al tema de naturaleza interdisciplinaria donde se combinen, al menos como núcleos esenciales, la perspectiva histórica con la indagación antropológica, sociopsicológica y específicamente sociológica, de manera que se entienda el proceso de formación y consolidación de la identidad nacional; sus modificaciones en el tiempo; los elementos esenciales de su continuidad; sus expresiones a nivel macro (política, educación, cultura) y microsocial (vida cotidiana), y los nexos entre ellas; las peculiaridades de la multiplicidad de identidades que coexisten aun en los marcos de una identidad nacional sólidamente conformada; los elementos racionales e irracionales o intuitivos que convergen; y, todo ello, en estrecha interconexión con la evolución socioeconómica y política de la sociedad ubicada en un contexto de relaciones internacionales.

En esa enmarañada red de relaciones, nos interesa destacar el vínculo con la identidad generacional. Este es un elemento central para entender los nexos entre grupo de edad y generación y también para interpretar la naturaleza de las relaciones generacionales en momentos concretos para lo cual la autoconciencia resulta decisiva, incluso, algunos autores condicionan la existencia de la generación a la presencia de autoconciencia.

Aunque en nuestro enfoque, concebimos a la generación como un producto social, permanente e ininterrumpido, con una existencia estructural basada en el lugar y papel

---

[3]El psicólogo cubano Fernando González dice:
*"[...] la identidad creo que sí es subjetiva totalmente. La identidad no es nada objetivo, lo que es objetivo en la identidad es la objetividad de la propia subjetividad [...] Diría que el concepto de identidad, además de autoimagen, de representación, que es uno de sus componentes indiscutibles, es ante todo el espacio donde nos expresamos, nos encontramos y nos vemos emocionalmente"* (González Rey, 1995, 53)

que desarrollan en la sociedad, a partir del tipo de actividad social que desempeñan, no cabe dudas, que en un segundo nivel, la conformación – o reconformación – de la generación pasa por el elemento de autoconciencia, como vía de completamiento de su identidad.

A pesar de que es frecuente encontrar en una parte de los estudios generacionales hechos en cualquier parte, la tendencia a identificar generaciones con grupos de edad y a intentar establecer ciclos periódicos para su aparición, ha ido ganando terreno la imagen de la generación como producto social flexible, cuyos límites se contraen o expanden en función de la dinámica de los cambios sociales y en la que gana peso la subjetividad como criterio diferenciador.

En los momentos actuales, la dinámica generacional sigue – entre otras – dos tendencias simultáneas: por una parte la prolongación de la esperanza de vida de la población que hace más compleja la convivencia generacional por el hecho de que coexisten en el tiempo personas de edades distantes. Por otra parte, la aceleración de los cambios sociales, marca notables diferencias entre los grupos y segmenta al conjunto de contemporáneos en varias generaciones con experiencias vitales muy diversas que conducen a la conformación de universos simbólicos también diversos. A ello se añade que la expansión de los contactos internacionales, tanto por vía directa, como a través de los medios de comunicación y el ciberespacio, contribuyen a ampliar los marcos de las generaciones más allá de las fronteras nacionales.

Todos estos factores complejizan los rasgos propios de la(s) generación(es) joven(es) así como el entramado de las interacciones con el mundo adulto.

A tales retos se enfrentan hoy numerosos especialistas en todo el mundo, mientras en Cuba estos estudios se han reactivado en los últimos años para dar continuidad a una larga tradición que se inició en los albores mismos de formación de la nacionalidad y con anterioridad a la existencia de la nación.

Es nuestra intención con este trabajo sistematizar algunas de las principales ideas de la abundante producción sobre la identidad nacional como antecedente histórico y algunas referencias a empeños de investigación concreta en la actual generación joven cubana.

**La identidad nacional cubana y la sucesión generacional. Momentos significativos de su evolución y de su estudio.**

En la sociedad cubana, el acercamiento a los problemas de la identidad nacional desde el pensamiento social tiene una larga historia que ha acompañado el proceso de conformación mismo de la propia nacionalidad y nación, el cual tuvo importantes similitudes con los distintos procesos que se produjeron en el Nuevo Mundo, en particular en el imperio colonial hispánico pero, a su vez, grandes diferencias resultantes de una evolución histórica en la que influyeron factores de diversa naturaleza.

En primer lugar están los elementos geográficos. El hecho de ser una isla situada en una estratégica zona del Golfo de México que abría la entrada al resto del continente, la convirtió en punto de reunión del sistema de flotas que operaba entre España y sus Provincias de Ultramar, lo que le dio una importancia económica y política desde aquellos tiempos a pesar de su escaso tamaño y recursos. En ese entonces se le bautizó como la Llave del Golfo. Posteriormente, esa misma posición geográfica ha significado una conflictiva cercanía con los Estados Unidos.

La combinación del carácter insular y su ubicación geográfica ha provocado siempre una posición ambivalente entre el aislamiento nacional y el cosmopolitismo de sus interacciones, lo que ha dejado su impronta en la identidad.

Incidieron también elementos de carácter social y demográficos, derivados del tipo de explotación económica de la Isla desde los primeros momentos, como fue la exterminación de la población aborigen que hace que solo queden de los antiguos pobladores

algunas huellas en la cultura, sobre todo en el lenguaje, especialmente en los topónimos que identifican pueblos y regiones, y que incluye el propio nombre del país.

Particularmente importante resultó la posterior orientación de la economía hacia la producción azucarera, con su crecimiento brusco a partir de 1792 favorecida por la destrucción de la industria en Haití como resultado de la Revolución. Ese proceso tuvo varios impactos significativos en la formación de la nacionalidad cubana, entre los cuales son de destacar al menos tres. Uno, transformó los patrones y los ritmos del poblamiento de la isla con la entrada masiva de africanos como esclavos y, posteriormente, oleadas de braceros chinos y antillanos[4]. Convirtió al país en un emporio de riqueza entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, con lo cual Cuba desarrolló una estructura de clases que abrió paso a la formación de una burguesía criolla y permitió la formación de élites educadas que imprimieron a la identidad nacional rasgos particulares dentro del Caribe insular[5]. El otro impacto estuvo dado porque la industria azucarera confirió a la economía un carácter estacional, lo que produjo una intensa movilidad geográfica entre las clases trabajadoras (una vez abolida la esclavitud), flujos y reflujos de población de acuerdo a momentos de la cosecha y también inestabilidad en la vida laboral y en la seguridad económica.

Este conjunto de elementos se completó con otros de naturaleza sociopolítica, cuyo resultado fue la tardía independencia de España después de dos cruentas guerras en las que quedó aniquilada económica y físicamente la naciente burguesía nacional y en la que la población negra recién liberada de la esclavitud se empeñó mano a mano con sus antiguos amos en la defensa de un proyecto de nación independiente; así como

---

[4] Según las estadísticas de la época, la población de la Isla pasó de 300,000 habitantes en 1790 a 1,400,000 en 1860. Ese crecimiento fue resultado de la inmigración. *"La africana en primer lugar: 800,00 infelices que fueron vendidos como esclavos, principalmente a los hacendados, así como también 100,000 chinos de Cantón. Hubo desde luego inmigración blanca pero al lado de esas cifras luce irrisoria: 120,000 como saldo permanente en setenta años"*. (Pérez de la Riva, 1975, 77-78).

[5] Se calcula que para 1860 la exportación de azúcar se había multiplicado por veinte, lo que hizo crecer el producto nacional en ocho veces, el cual se concentraba en unas mil familias. Sus hijos eran enviados a estudiar al extranjero: Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania. *"La generación del 68 había viajado y hablaban casi todos inglés, y francés. Frente a una España que pugnaba aun por salir de las estructuras socioeconómicas del siglo XVIII, ese cosmopolitismo isleño reforzaba el sentimiento de nacionalidad"*. (Pérez de la Riva,1975, 79-81).

el paso a la órbita estadounidense después de una intensa penetración económica e incluso dos intervenciones militares.

En ese largo proceso se fue conformando la nacionalidad cubana para quedar nítidamente configurada en la segunda mitad del siglo XIX en las luchas por la independencia colonial, con una definición teórica y política y una acción colectiva de carácter nacional. La identidad cubana surgió entonces en situación conflictiva, autodefiniéndose por oposición al "otro", en ese caso, España. También surgió valorizando la acción colectiva, la convivencia racial, el espíritu de sacrificio y la valentía personal. Su evolución ha tenido lugar con fuertes nexos con la entrada a la vida social de nuevas generaciones que, en estrecha relación con las anteriores a partir de una fructífera coexistencia, impulsaron nuevos modos de pensar y actuar.

El pensamiento social de la época refleja con claridad la evolución de ese proceso y evidencia la preocupación de los principales pensadores por el tema.

Ya en la primera mitad del siglo XIX, a la polémica figura de José Antonio Saco se le atribuye *"el mérito teórico y político de haber planteado de forma expresa e intencionada, y con plena conciencia de su importancia, la problemática de la nacionalidad en su dimensión conceptual e ideológica"* (Monal, 1997, 117). En sus estudios se adentró en la identificación de los rasgos caracterizadores de la nacionalidad basados en la autoidentificación de un conglomerado humano con suelo, origen, lengua, usos y costumbres, y tradiciones, incluyendo la religión, comunes, y consideró las identidades colectivas como un aspecto esencial de la vida social y política.

Sin embargo, los prejuicios raciales de la época contra el negro – situado aun en su mayoría en condiciones de esclavitud – llevaron a Saco a excluir a la población negra, incluso a los libres nacidos en Cuba, de la nacionalidad cubana y conferirles una nacionalidad distinta, con lo que el elemento de la raza adquirió para él un predominio caracterizador por encima de los antes apuntados.

A pesar de esa fragmentación, dejó claramente establecida la importancia de la preservación de la identidad nacional como condición de su propia existencia cuando expresó *"[...] la nacionalidad es la inmortalidad de los pueblos"* (Torres-Cuevas, 1997, 42).

En la segunda mitad del siglo, la máxima expresión de la maduración de esa identidad nacional correspondió al pensamiento de José Martí, que evidenció el valor de la nacionalidad para esa generación, la integración de sus componentes y la aspiración de su existencia como nación independiente y justa.

*"Para Cuba que sufre la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal para levantarnos sobre ella"* (Martí, 1972, 115).

Y en otro trabajo precisa:

*"Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro"* (Martí, 1972a, 171-172).

*"[…] Cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos! ¡De todos los cubanos! […]"* (Martí, 1972, 118).

La primera mitad del siglo XX significó la frustración de los esfuerzos emancipatorios de las anteriores décadas y el triunfo de la corriente nacional que desde hacía años ponía su vista en el poderoso vecino del Norte para satisfacer las aspiraciones de los grupos de élite al margen de los destinos colectivos.

La abundante obra escrita durante esa época, aunque es fundamentalmente de naturaleza ensayística, refleja la complejísima evolución de la identidad nacional a lo largo de esos años, la fragmentación de posiciones de acuerdo a pertenencias clasistas, tendencias políticas o influencias ideológicas y la contradictoriedad de rasgos en la psicología social de la población.

En un documentado ensayo de un joven filósofo cubano contemporáneo sobre la obra de importantes intelectuales en las dos primeras décadas del presente siglo, se explica como se expresó con gran profusión la preocupación por la identidad del cubano, y aun más, del latinoamericano, al tratar de dar respuesta a dos interrogantes claves: ¿hasta dónde asumir la hispanidad? ¿Hasta dónde debemos asimilar el espíritu norteamericano?[6] (Ubieta, 1993). Aunque estas preguntas tuvieron también respuestas políticas, vale la pena considerar para el tema que nos ocupa, algunas centradas en perspectivas y presupuestos culturales.

Es evidente que en esta etapa coexisten visiones integradoras y fragmentadas de la identidad nacional. Aunque quedan atrás posiciones excluyentes para determinados grupos (en especial para la población negra) como la que fue posible apreciar en Saco, subsistieron visiones subvalorativas y discriminatorias, y en general fue un pensamiento menos avanzado en cuanto a integración y autoestima del cubano que el que se había llegado a alcanzar con Martí.

Algunos ejemplos pueden ser ilustrativos:

*"Siempre hablamos de la América española; pero no son oriundos de España todos sus habitantes. Es el espíritu español el que predomina y contribuye a dar carácter a aquellas sociedades: pero con la española conviven otras razas y no como en la América del Norte, en una mera yuxtaposición, y siendo de hecho una sola la rectora y usufructuaria del Estado, sino en continuos contactos y concurriendo todos a la acción política. ¡Qué urdimbre tan enmarañada la de la población de nuestra América! ¡Cuán diversa es de la de Europa!"*[7].

---

[6] El estudio abarcó a prestigiosos intelectuales cubanos, algunos de los cuales continuaron su significativa obra en décadas posteriores. Se incluyen en el análisis a figuras como Eliseo Giberga (1854-1916); Jesús Castellanos (1879-1912); José Antonio Ramos (1885-1946); Francisco González del Valle (1881-1924); Carlos de Velasco (1884-1923); José Sixto de Sola (1888-1916); Enrique José Varona (1849-1933); José María Chacón y Calvo (1892-1969) y Fernando Ortiz (1881-1969).
Cfr. Ubieta, Enrique: "Panhispanismo o panamericanismo: Controversia sobre Identidad Cultural (1900-1922)". En: Ensayos de Identidad. 1993.

[7] Giberga, Elíseo: Discurso pronunciado en la velada que se efectuó en el Gran Teatro de Cádiz el 3 de octubre de 1912. Citado por Ubieta, 1993, 23.

Sin embargo, en la misma época Fernando Ortiz en sus obras tempranas, en las que aun no ha madurado su visión del proceso étnico nacional y predomina un enfoque eurocéntrico de análisis, señala:

*"[…] todavía no se han fundido las razas en Cuba. Pueden las razas y así sucede en efecto, unirse, solidarizar sus energías para determinados movimientos patrióticos, intelectuales o sociales, pero todavía en el suelo de mi patria no hay una fusión de todas las razas, todavía no hay una integración perfecta de todas sus fuerzas, porque la Historia no lo ha querido así y esto, señores, es un motivo de honda y fuerte desintegración de las fuerzas sociales que deben integrar nuestra patria y nuestra nacionalidad"* (Ortiz, 1987, 120).

A pesar de ello, simultáneamente deja constancia del sentimiento de necesidad de reforzamiento de la identidad, predominante en esos años:

*"[…] que aun se agitan el separatismo en los maniguales de la idea para libertar al alma cubana de las zarzas del coloniaje espiritual que la aprisiona; que si no queremos ver absorbida nuestra modesta personalidad por los norteamericanos, tampoco queremos ser mental ni políticamente españoles; que como Lanuza dijo queremos ser modernos y americanos o, como decimos todos, queremos ser cubanos, totalmente cubanos*"[8].

En toda esa etapa se apuntan rasgos de la psicología social del cubano, algunos esbozados por observaciones empíricas, otros condicionados por el contexto coyuntural del momento, pero todos de valor analítico para una comprensión de la evolución de la identidad nacional,

Diferentes autores hicieron referencia a la "guapería", el "choteo", una rara relación entre pesimismo e inconformidad renovadora que a la larga se convierte en rebelde exhaltación; relación también contradictoria entre cierta sobrevaloración de lo extranjero que favorece tendencias miméticas y un sentimiento de orgullo nacional, que lleva al rechazo de cualquier pretensión hegemónica o subvalorativa; la impresio-

[8] Ortiz, Fernando: "La despedida del señor Altamira". En: La Reconquista de América. París, 1910. Citado por Ubieta, 1993, 35.

nabilidad y el carácter extrovertido; la inteligencia fácil y su "ligereza" o falta de suficiente atención.

Rasgos idiosincráticos de los dos componentes étnicos básicos que conformaron la nacionalidad cubana favorecieron algunos de los rasgos como la reiterada "capacidad de choteo", es decir, la capacidad de restar importancia a los problemas, burlarse de todo incluso de sí mismos, en cualquier circunstancia, lo que sin dudas debió haberse reforzado como estrategia de enfrentamiento en aquellas difíciles condiciones en que surgió la nación.

Al hacer un balance de la autoimagen nacional que se desprende de ese pensamiento social, Ubieta señala:

*"Todos los intelectuales de los años estudiados trataron de dibujar nuestras características nacionales. A solo unos años de la independencia política, confundidos los elementos tradicionales auténticos con los verdaderamente arcaicos, desorientados por la diversidad racial de nuestro pueblo y la oposición de intereses de clase, y temerosos de la pérdida definitiva de nuestra cultura ante la aparente desintegración de fuerzas nacionales y la invasión de costumbres y hábitos norteamericanos en nuestra vida, los cubanos tenían frente a sí también el problema de su identidad cultural".*

Y concluye:

*"Somos y no somos hispanos, somos y no somos africanos, somos americanos, pero sobre todo cubanos*" (Ubieta, 1993, 80).

A partir de la segunda mitad de la década del 20, comienzan a recomponerse las fuerzas nacionales, primero las de naturaleza intelectual, a las que luego se suma la población en un movimiento revolucionario con participación obrera y fuerte peso del estudiantado que derroca la tiranía existente en el país en medio de la profunda crisis económica de inicio de los años 30. A pesar de que este movimiento se frustra y da paso a una mayor injerencia norteamericana en los asuntos políticos y un fortalecimiento de su penetración económica y cultural, se mantiene un fermento revolucionario nacional que tiene diferentes expresiones por casi tres décadas.

En el pensamiento social aun cuando se conservan e incluso se profundizan algunos de los enfoques anteriores, aparecen nuevas reflexiones sobre la identidad nacional, caracterizadas por un redescubrimiento de Martí y una referencia explícita al antiimperialismo, a la vez que se mantenía presente y se revitalizaba un sentimiento de admiración hacia el modo de vida norteamericano en sectores altos y medios de la población.

En esos años aparece y se desarrolla una perspectiva de análisis marxista para interpretar la evolución nacional que introduce el enfoque de clases[9].

Para mediados de los años 40, la maduración de la obra de Fernando Ortiz hace una importante contribución a la comprensión de la identidad nacional, con sus reflexiones sobre las razas; con la aportación del concepto de transculturación para describir el proceso de formación de la nacionalidad cubana[10], a la vez que continúa trabajando en la caracterización de los principales rasgos psicosociales del cubano.

A esa altura de su producción científica señala:

*"[…] pocos países habrá como el cubano, donde en un espacio tan reducido, en un tiempo tan breve y en concurrencias inmigratorias tan constantes y caudalosas se hayan cruzado razas más dispares, y donde sus abrazos amorosos hayan sido más frecuentes, más complejos, más tolerados y más augurales de una paz universal de las sangres; no de una llamada "raza cósmica" que es pura paradoja, sino de una posible, deseable y futura desracialización de la humanidad"* (Ortiz, 1996, 13).

Y más adelante aclara:

*"Sería fútil y erróneo estudiar los factores humanos de Cuba por sus razas. Aparte de lo convencional e indefinible de muchas categorías raciales, hay que reconocer su real insignificancia para la cubanidad, que no es sino una categoría de cultura. Para comprender el alma cubana no hay que estudiar las razas sino las culturas"* (Ortiz, 1996, 16).

En consonancia con esta afirmación, se aprecia que no solo el trabajo de investigación científica o, sobre todo, el ensayo de naturaleza social reflejó la evolución de la identi-

[9] Este se aprecia en la obra de Sergio Aguirre, Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, entre otros. (Ubieta, 1993ª).

[10] Fernando Ortiz crea el neologismo transculturación para expresar la síntesis resultante de la desculturación o exculturación que sufre cada inmigrante con el desarraigo de su tierra nativa y la aculturación o inculturación para lograr su reajuste en el nuevo contexto. (Ortiz, 1996a, 37).

dad nacional. También la literatura, la plástica, la música, el léxico y muchas otras expresiones culturales reflejaron sus derroteros, vaivenes y fragmentaciones, pero sobre todo corroboraban la idea del "ajiaco" de Fernando Ortiz.

Desde la novelística de Alejo Carpentier hasta la cuentística de Samuel Feijoó u Onelio Jorge Cardoso; la poesía de José Lezama Lima; la pintura de Eduardo Abela, Carlos Enríquez o Amelia Peláez; la música de Ernesto Lecuona o Benny Moré; o manifestaciones populares en la décima campesina o el teatro buffo (Ibarra, 1985) todas fueron expresiones de una identidad nacional que en constante desgarramiento, integración, transformaciones y desarrollo, ganaba en fortaleza y coherencia.

**Identidad y Generaciones. El último medio siglo en la historia nacional.**

También la historia más reciente – aun cuando sea vista solo superficialmente en algunas de sus dimensiones – muestra interesantes procesos en la evolución de la identidad nacional y su relación con las distintas generaciones.

El acontecimiento revolucionario mismo de la década de los años 50 que condujo al triunfo de enero de 1959 fue el resultado de la emergencia en la vida social de una nueva generación: la que más tarde se conocería como Generación del Centenario de Martí, heredera del legado de generaciones precedentes pero portadora de cambios significativos en las prácticas políticas, la convocatoria a la participación popular y la concepción sobre la toma del poder.

La lucha de esos años creó condiciones favorables para la conformación de una incipiente identidad generacional que eliminó barreras entre jóvenes del campo y la ciudad y entre representantes de distintas clases sociales. Pero, a pesar de la magnitud de los jóvenes involucrados y de la repercusión popular de sus acciones, no logró conformarse una única identidad generacional pues la elevada estratificación clasista impuso sus límites a la formación de una conciencia colectiva.

La Revolución creó condiciones estructurales para un incremento de la integración nacional al interior del país, a partir de una nivelación de la estructura de clases con la nacionalización de la gran propiedad privada; la creación de condiciones de justicia social para el acceso a bienes y servicios materiales y espirituales (léase empleo, vivienda, salud, educación, cultura, etc.); la aplicación de políticas sociales orientadas a grupos particulares o desfavorecidos como la niñez, la mujer, la población rural o la población negra; y un esfuerzo cultural a favor de la cohesión nacional, la independencia, la solidaridad y la igualdad.

La culminación exitosa de esos esfuerzos colocó a los jóvenes a la cabeza de las transformaciones económicas, sociales y políticas y creó un nuevo marco para el desarrollo de la generación de los 60, signado por dos procesos: elevada movilidad social de carácter ascendente y activa participación en todas las esferas de la vida social (educacional, laboral, política, de defensa del país)[11] . Fue una etapa en que se produjo un equilibrio entre los procesos de socialización y los de participación, en que ambos se interpenetraron y complementaron mutuamente.

Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación incluso de nivel superior, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica. Constituyeron también un grupo de transición en cuanto a valores y normas de conducta en esferas vinculadas a la familia, las relaciones de pareja, los roles entre los sexos, las relaciones interraciales y muchas otras áreas de la vida cotidiana que se volvían cada vez más abiertas y participativas. Estos procesos se consolidaron con posterioridad en las generaciones siguientes, pero iniciaron las tendencias de cambio en este primer momento de rupturas generacionales en relación con sus mayores.

[11] Según investigaciones, el 22% de los obreros de esa generación eran hijos de campesinos y el 59% de los jóvenes que se formaron como profesionales eran hijos de obreros y campesinos. A su vez, el 34% tuvo una participación social elevada en las distintas esferas y otro segmento del grupo que representa casi la mitad del total alcanzó un nivel de participación calificado como medio. (Domínguez, M.I. et..al, 1989,1990).

Por primera vez se formó una identidad juvenil ampliamente compartida que permite hablar en términos más precisos de una generación con real participación en una actividad social común. La reducción de las diferencias sociales con la eliminación de las bases económicas que sustentaban a las clases dominantes, e incluso el éxodo masivo de sus representantes, favoreció las condiciones para una mayor integración de la nación y mayor igualdad entre los jóvenes, lo que contribuyó a la conformación de una mentalidad generacional, caracterizada por una activa participación en la definición del cambio social, encaminado a la solución de los principales problemas colectivos, y una confianza ilimitada en sus propias fuerzas. Esa identidad quedaba reforzada por la constatación de significativas diferencias con generaciones precedentes. Los cambios tuvieron a su vez impactos directos en el fortalecimiento de la identidad nacional cuyo rasgo más significativo fue la elevación de la autoestima.

Estos rasgos de la juventud cubana, aun cuando estaban en esencia condicionados por la transformación revolucionaria al interior de la sociedad, acompañaban las características del contexto internacional en esa época, en la que el auge de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional, el predominio de utopías emancipatorias que lograron encarnar en prácticas políticas en diferentes lugares y, luego, la oposición a la Guerra de Viet-Nam, estimulaban la formación de una identidad juvenil ampliamente compartida en torno a valores comunes.

La generación de los 70 en Cuba se socializó en un contexto con fuertes similitudes con el anterior pero con algunas modificaciones significativas. El fracaso de la estrategia económica seguida hasta ese momento que se expresó en la imposibilidad de alcanzar la meta de hacer una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970 y en un desequilibrio de la economía interna, condujo a un mayor acercamiento a la comunidad socialista europea y a su inserción como miembro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

Esos vínculos permitieron un crecimiento de la economía y, con ello, de las condiciones de vida de la población, que favorecieron la consolidación de algunos rasgos en la generación joven de los 70 como la fuerte concentración urbana, los altos niveles de escolaridad y calificación, movilidad social ascendente a partir de la combinación: educación superior - empleo urbano calificado - mayor nivel de vida, y elevadas expectativas. Para fines de la década, el promedio de escolaridad de los jóvenes se situaba por encima del noveno grado en contraste con la escolaridad promedio inferior a los tres grados de los años 50.

Pero esas relaciones también provocaron efectos negativos condicionados por el copismo en el sistema de planificación y dirección de la economía, modelos de institucionalización del Estado y decisiones concretas en materia de funcionamiento social en áreas como la cultura y la formación de profesionales por ejemplo, poco ajustadas a las circunstancias cubanas: tradiciones, escala del país, nivel de desarrollo, etc.

Aunque se continuaron consolidando los sentimientos de autoestima nacional, en la generación joven se comenzó a debilitar el conocimiento de los vínculos entre el presente y el pasado de la nación por insuficiencias en la enseñanza de la historia y en la transmisión de tradiciones culturales.

Simultáneamente, la estabilidad que iba alcanzando el funcionamiento socioeconómico condicionó el predominio de los procesos de continuidad generacional después del anterior momento de rupturas y diluyó un tanto la identidad de este grupo. La fortaleza de los sentimientos de igualdad social y la conciencia de que la meta era borrar diferencias y desigualdades debe haber contribuido a que no se desarrollara una mentalidad generacional particular.

Por su parte, la socialización de la generación de los 80 tuvo sus peculiaridades. El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, contribuyó a fomentar la elevación de las

expectativas de la población y en especial de la juventud, reforzadas por distintas instituciones socializadoras como la familia, la escuela y los medios de difusión.

Sin embargo, esa elevación de las expectativas se daba en un momento en que la estabilidad social lograda y una menor dinámica de crecimiento económico redujo el ritmo de la movilidad social ascendente para esa generación. Si bien contó con altas posibilidades para el acceso a la instrucción y la calificación y se convirtió en el grupo generacional que alcanzó los más altos niveles, se inició cierta tendencia a la autorreproducción de las clases y capas sociales que redujo los movimientos de ascenso social en relación con las dos generaciones precedentes.

Como conjunto, el grupo juvenil desarrolló poco su identidad generacional; la relativa heterogeneidad interna que comenzó a fortalecerse a partir de los procesos de autorreproducción y cierta reducción de la actividad social masiva que limitó la existencia de espacios de participación común para jóvenes procedentes de diversos grupos sociales contribuyó a que así fuera.

No obstante, las circunstancias sociales de fines de esa década crearon condiciones favorables para la incipiente emergencia de una conciencia generacional en algunos sectores, sobre todo de la intelectualidad joven. Entre dichas condiciones es de destacar el **"efecto de tapón"** (Martín, 1990) que comenzaron a ejercer las generaciones anteriores en el área del empleo por una débil recirculación de la fuerza de trabajo que permitiera el acceso dinámico a los puestos de trabajo según la capacidad y preparación y no según el orden de llegada y algunos elementos desfavorables en el clima de las relaciones intergeneracionales, aunque las relaciones predominantes eran esencialmente positivas[12].

---

[12] Pudo constatarse cierto predominio de tendencias críticas y subvalorativas entre los adultos en relación con las capacidades e intereses de los jóvenes, las cuales daban lugar a posiciones sobreprotectoras que minimizaban las potencialidades del grupo juvenil para asumir determinados roles y veían la socialización como transmisión pasiva o a actitudes desentendidas respecto de sus responsabilidades en la formación de la nueva generación. Los jóvenes, a su vez, mostraban insatisfacción con la ayuda que recibían de sus mayores e inconformidad con las posibilidades de participación con que contaban en diferentes esferas de la vida social. Reconocían la necesidad de prepararse mejor y poner más interés en sus actividades pero insistían en sus demandas de mayor independencia en las tareas, sobre todo en el sector profesional, donde sentían cierto desaprovechamiento de sus potencialidades educativas y laborales y reclamaban el mismo espacio para la **imaginación** juvenil que para la **experiencia** de los adultos. (Domínguez, M.I. et..al., 1989).

Es precisamente en la segunda mitad de los años 80 que se reconsidera la importancia de los estudios generacionales y se inician análisis tanto de naturaleza teórico-conceptual como investigaciones sociológicas concretas sobre la estructura generacional de la población cubana, sus rasgos comunes y diferencias, el clima de sus interrelaciones y los nexos entre estructura generacional y clasista[13].

También para esa fecha reaparece la dimensión generacional como objeto de interés de literatos y artistas en prácticamente todas sus expresiones. Se aborda el tema en filmes, canciones, piezas teatrales y obras plásticas; se escribe sobre el tema; se utiliza como criterio de clasificación de grupos de creadores y cobra fuerza como elemento interpretativo de expresiones artísticas y hasta de conductas prácticas[14].

---

[13] A partir de ese momento se inició un proyecto de investigación sobre las generaciones que dio lugar a un conjunto de informes entre los que se destacan:
Domínguez, M.I. (1989)."Estructura Generacional de la Población Cubana Actual". (Informe de Investigación). Fondos del CIPS. La Habana.
Domínguez, M.I., M. E. Ferrer y M.V. Valdés (1989). "Diferencias y Relaciones Generacionales en la Clase Obrera y la Intelectualidad". (Informe de Investigación). Fondos del CIPS. La Habana.
------ (1990) "Diferencias y Relaciones Generacionales en el Campesinado". (Informe de Investigación) Fondos del CIPS. La Habana.
------- (1990) ."Características y Relaciones Generacionales en los Estudiantes y los Desvinculados del Estudio y el Trabajo" (Informe de Investigación). Fondos CIPS. La Habana.
------- (1990) ."Interrelaciones Clasistas y Generacionales en la Sociedad Cubana de Hoy". (Informe de Investigación). Fondos CIPS. La Habana.
Domínguez, M.I. (1993). "Un Recorrido Histórico por las Categorías Generaciones, Juventud y Socialización". (Informe de Investigación). Fondos del CIIPS. La Habana.
------ (1994). "Las Generaciones y la Juventud: Una Reflexión sobre la Sociedad Cubana Actual". (Tesis Doctoral). Fondos del CIPS. La Habana.
Fuera de ese proyecto se produjo también el trabajo:
Limia, Miguel (1990). "Valoración del Estado Actual de las Relaciones Generacionales en Cuba". (Informe de Investigación). Instituto de Filosofía. La Habana.

[14] Múltiples trabajos aparecidos en La Gaceta de Cuba en los primeros años de la década del 90, tomaron en cuenta el criterio generacional al analizar la producción cultural de la anterior década. Por ejemplo:
Herrera Ysla, Nelson. (1992). "El ajiaco cubano de los 80". Plástica cubana de los 80: ¿paisaje después de la batalla?. Marzo-Abril
Martínez Tabares, Vivian. (1992). "¿Hacia dónde vamos?". Memorias para una valoración de la escena cubana de los 80. Julio-Agosto
Resik, Magda. (1992). "Escribir es una suerte de naufragio". Habla Senel Paz del cine, de la crítica y de la literatura. Septiembre-Octubre
Boudet, Rosa Ileana. (1992). "Apuntes para una relectura crítica de los 80". Noviembre-Diciembre
Rodríguez Núñez, Víctor. (1993). "La poesía es un reino autónomo". Entrevista con Roberto Fernández Retamar. Marzo-Abril Redonet, Salvador. (1993). "Mi cuento por una pregunta". Trazos para una poética de la más reciente promoción de jóvenes cuentistas cubanos. Julio-Agosto.
Vizcaíno Serrat, Mario. (1994). "Carlos Varela: el gnomo y el guerrero" No. 1

Puede decirse entonces que a finales de los 80, como resultante de las dinámicas económicas y sociales, las generaciones en la sociedad cubana eran grupos conformados y bien delimitados objetivamente; con algunos rasgos subjetivos propios; precisos al interior de los componentes socioclasistas, pero menos en el ámbito de toda la población, lo que evidenciaba una mayor fuerza de su identidad y sentido de pertenencia al grupo clasista (ocupacional, educacional) que al generacional, la que solo se expresaba como elemento subordinado al anterior.

Es decir, no existía una autoconciencia generacional definida, aunque sí un sentido de pertenencia al grupo de los adultos o de los jóvenes, sin una clara percepción de los límites entre unos y otros, más bien situados en dependencia del grupo de referencia de quien realizaba la evaluación.

A su vez, en el plano de la identidad nacional, la década del 80 fue prolífica en estudios sobre el tema. Una parte importante de la investigación histórica, cultorológica y antropológica se orientó al análisis de las producciones materiales y espirituales que conforman la identidad nacional: la Historia de Cuba, la Literatura Cubana, la Música Cubana, el Español de Cuba, el Atlas de la Cultura Popular Tradicional, la Obra de José Martí, fueron entre otros, importantes proyectos de investigación iniciados en esa etapa y que se extendieron a la siguiente década.

De igual forma, se realizaron un conjunto de investigaciones sociopsicológicas orientadas principalmente a la indagación de la autoimagen del cubano y la imagen de otros grupos nacionales, que permitieron constatar su fortalecimiento (de la Torre, 2001,156-171).

Por ejemplo, diferentes estudios particulares con grupos sociales diversos (niños/as, adolescentes, jóvenes y adultos; estudiantes y trabajadores/as) permitieron en 1986 a Mónica Sorin comprobar la hipótesis de la desaparición de sentimientos de inseguridad y minusvalía nacional (Sorín, 1991) y la incorporación de nuevas representaciones

como ser latinoamericanos, internacionalistas y solidarios encontradas por Carolina de la Torre en 1987 (de la Torre, 1995).

Ya en 1989, el estudio de M. Vicent comprobó que los/as cubanos/as se percibían con cualidades morales y sociales superiores a los/as norteamericanos/as, que evidenciaba una autoimagen muy positiva y una fuerte identidad nacional y orgullo de ser cubano/a. (Vicent, 1989).

Ello contrastaba fuertemente con resultados obtenidos por investigadores/as en otros contextos. Por ejemplo, una encuesta realizada en Ciudad Juárez, México, dio como resultado que siete de cada diez estudiantes querían ser estadounidenses (Montiel, 1993, 251).

En un contexto diferente como es el de España, no solo por su pertenencia a Europa sino por sus fuertes identidades culturales, y tradicional rechazo a la cultura norteamericana, los investigadores han constatado que a diferencia de generaciones anteriores que colocaban sus referencias culturales en Francia o Inglaterra, la actual generación joven la coloca en EU. (Ortega y Gangas, 1996, 35 citado por Jiménez, 1997, 68).

Por otra parte, según refieren Consuelo Martín y Maricela Perera, también en Trabajos de Diploma realizados por estudiantes de Psicología de la Universidad de La Habana a finales de los años 80 y por ellas mismas en 1992 con grupos de estudiantes y de intelectuales, los principales rasgos autopercibidos por los/as cubanos/as fueron:

En sentido positivo: alegres, solidarios, hospitalarios, generosos, amistosos, sociables, afectuosos, extrovertidos, valientes, dignos, honestos y revolucionarios.

En sentido negativo: indisciplinados, desorganizados, impulsivos, confianzudos, inconstantes, informales, impuntuales, en ocasiones descorteses y vulgares y poco eficientes en aquello en lo cual no ven un resultado inmediato.

Aunque el inventario de adjetivos positivos y negativos apuntan a una visión relativamente balanceada, las autoras explican que las mediciones que permitieron hacer una evaluación gradual de los adjetivos que caracterizan al/a cubano/a, mostraron una au-

toimagen esencialmente positiva. Señalan además, que la gran mayoría de los sujetos estudiados declararon que Cuba es el país que más les gusta, lo que evidencia también una imagen positiva de su nación (Martín y Perera, 1996).

La psicóloga cubana Carolina de la Torre, que lleva años estudiando el tema, apunta:

*"En las investigaciones apareció algo interesantísimo: el cubano tiene no solo claramente delineada su identidad –otros pueblos no la tienen …, el cubano enseguida encuentra las coordenadas para autodefinirse como pueblo– sino que tiene afectos y sentimientos fuertes que se movilizan y además tiene como una intención de defensa de la identidad"* (de la Torre, 1995, 48).

En sus estudios, esta autora ha demostrado que los/as cubanos/as comparten rasgos, representaciones y significaciones que los hacen sentir unidos y un inconsciente deseo de proteger la imagen nacional cuando otros se refieren a sus rasgos negativos. En este sentido señala como se usa el verbo "ser" para hablar de lo estable, continuo, interiorizado y característico, lo positivo como cualidades construidas, como por ejemplo, "somos humanos", "alegres" o "extrovertidos". Mientras, se utiliza el verbo "estar" para hablar de lo negativo que en general se considera como transitorio, condicionado por causas externas y coyunturales, por ejemplo: "estamos irritados" o "agresivos". No obstante, se reconocen rasgos negativos como "formas de ser", tales como el machismo o la mala educación (de la Torre, 1995).

Otras investigaciones, orientadas a comparar la autoimagen del/a cubano/a con otros grupos nacionales también confirmaron los elementos anteriores. M. Perera encontró que aun cuando los/as cubanos/as valoraron positivamente a los/as latinoamericanos/as y les atribuyeron algunos rasgos similares, se percibieron más seguros de sí, más orgullosos de su país, más limpios y "buenas gentes". En relación con los/as españoles/as, se perciben menos trabajadores y puntuales pero más solidarios (Perera, 1993).

Todos los autores que investigaron el tema en ese período constataron el fortalecimiento de la autoestima nacional aun cuando se obtuvo una imagen balanceada entre virtudes y defectos.

En los años 90, los investigadores señalan haber encontrado algunas variaciones, aunque no generalizables, entre las que señalan la aparición de nuevas categorizaciones como las de "negociantes", "interesados", "gentes con doble moral" o "pasivos", así como respuestas esquemáticas y poco elaboradas y confusiones en los límites y etiquetamientos de la identidad (de la Torre, 1996).

La autora explica que *"... aunque en los noventa han aparecido respuestas más autocríticas, conflictos de identidad y hasta identidades negativas, es posible decir que el/la cubano/a mantiene un fuerte sentimiento de identidad, orgullo de su cultura y una autopercepción indudablemente positiva, aunque sea más matizada (menos en blanco y negro), contradictoria y heterogénea que antes del llamado "Período Especial"* (de la Torre, 2001, 163).

**La identidad nacional cubana y la generación de los años 90.**

La última década del pasado siglo se abrió al mundo con trascendentales cambios en el panorama político, económico y social en el ámbito internacional, entre los cuales un punto crucial fue el derrumbe del bloque socialista esteuropeo. Ese hecho tuvoi un significativo impacto para Cuba como nación y para cada uno de sus ciudadanos.

Es bien conocido el nexo económico que tuvo Cuba con la comunidad socialista de Europa Oriental a través de su pertenencia al Consejo de Ayuda Mutua Económica. Ello implicaba una absoluta inserción en ese marco económico en cuanto a mercados de importación y exportación, tecnologías, fuentes de crédito, e incluso existía una división internacional del trabajo, según la cual Cuba producía un conjunto de productos para un mercado fijo y cubría de estos propios mercados el resto de sus necesidades, en especial el petróleo.

Los impactos del derrumbe del bloque soviético junto al recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos sobre una sociedad que había iniciado un proceso de rectificación de errores acumulados en su gestión económica por más de una década, sumió a la Isla en una profunda crisis económica de la que comenzó a recuperarse muy lentamente a partir de 1995, pero que tiene aun un fuerte impacto sobre la nación. En el ámbito de la vida cotidiana ese impacto implicó un profundo deterioro del nivel de vida de la población.

Aun cuando la crisis económica y el reajuste ha impactado a la sociedad como un todo y a cada uno de los grupos que la componen, estos procesos son vividos por los jóvenes de manera más intensa que el resto de las generaciones, por la etapa de la vida que atraviesan en la que se define no solo su inserción actual sino también su proyección de futuro. Sin embargo, junto a los obstáculos y dificultades del cuadro de los impactos que produjo la caída económica y la implementación de una nueva política socioeconómica encaminada a superarla se aprecian, a la vez, elementos favorecedores para la socialización e integración social de la generación de los años 90.

Entre los principales elementos favorecedores se aprecia el aumento paulatino y aun discreto, de los niveles de descentralización que propician mayor autonomía a las instituciones, organizaciones y territorios; un uso más racional de los recursos y las potencialidades propias; una mejor comprensión de la relación entre el proceso socialista y la independencia de Cuba como Nación; una conciencia de la necesidad de reformulación de las metas sociales a alcanzar desde estas propias circunstancias; una reanimación del pensamiento social y político que retoma las raíces nacionales y abre nuevas posibilidades al análisis y el debate de ideas. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la identidad nacional y son condición básica para una participación más efectiva.

En un plano más concreto, la estrategia de reestructuración económica implementada para salir de la crisis ha tenido como uno de sus principales pilares el impulso a la actividad turística como rama económica de ciclo rápido que aproveche las ventajas geo-

gráficas y sociales de la Isla. Ello ha implicado un acelerado ritmo de crecimiento del arribo de turistas al país que ha ampliado la interacción personal y el contacto cultural de los/as cubanos/as con personas de distintas procedencias nacionales, lo que impone una nueva dinámica a la relación "aislamiento-cosmopolitismo" de que son objeto los pobladores de la Isla, a que hacíamos referencia al inicio.

En qué medida los cambios en el contexto interno y externo en que se mueve el/a cubano/a de hoy y, en particular, en el que se forma la actual generación joven, impactan la identidad nacional, modifican o afianzan rasgos típicos o la percepción que de ellos se tiene, constituyen, sin lugar a dudas, importantes temas de investigación que aportarán nuevos elementos a lo que hasta aquí se ha acumulado.

De ahí nuestro objetivo de incorporar la dimensión de la identidad a los estudios que se llevan a cabo sobre la joven generación.

Resultados recientes confirman la amplia y rápida capacidad del/a cubano/a joven para autodefinirse y la conservación de una autoimagen positiva. (Domínguez, Cristóbal y Domínguez, 2002). La profusión de rasgos positivos puede agruparse en orden de importancia, por el peso en que fueron mencionados, en siete grupos:

I. Referidos al buen carácter y el sentido de la vida. Tales rasgos mantienen un hilo de continuidad con los identificados en otros momentos y parecen constituir características estables, no solo poco alterables en situaciones críticas, sino probablemente instrumentos de defensa ante ellas.

II. Referidos a la amabilidad, la solidaridad y la capacidad para las buenas relaciones interpersonales.

III. Referidos a la valentía.

IV. Referidos a la capacidad de trabajo, esfuerzo, sacrificio y creatividad.

V. Referidos a los principios revolucionarios, patrióticos y morales.

VI. Referidos a la inteligencia, la capacidad y la instrucción.

VII. Referidos a los sentimientos y los afectos.

Los rasgos negativos aun cuando cuantitativamente resultan relativamente reducidos frente a los positivos (abarcan alrededor de la quinta parte de las características expresadas), recorren una gama de adjetivos que aluden principalmente a su presunción o sobreestimación; su informalidad o irresponsabilidad, su falta de educación formal (malos modales, hábitos de respeto, cortesía y reglas de urbanidad), características que también aparecen reflejadas desde etapas anteriores. Sin embargo, aparecen algunas respuestas que hacen referencias a cambios recientes en sentido negativo tales como "se han vuelto interesados" o "se han perdido los rasgos del cubano".

El análisis de dichas características llevadas al plano personal, así como la autoimagen que la juventud tiene como grupo en cuanto a características principales, coincide bastante exactamente con la imagen que tienen de los/as cubanos/as como conjunto; aunque con algunas pequeñas variaciones que suscitan interesantes reflexiones.

Llama la atención el alto significado que se le atribuye a la capacidad de la juventud para enfrentar problemas y resolverlos, trabajar y esforzarse como principal rasgo. Aquí se enumeran cuestiones tales como el interés por aprender, por estudiar, por lograr un objetivo, por prosperar, la capacidad para enfrentar problemas, el tener muchas ideas, ser ágiles, activos, dinámicos, preparados, perseverantes, trabajadores, luchadores, abnegados, combativos, emprendedores, firmes, cumplidores, responsables, creativos y con voluntad.

Es interesante que ese tipo de rasgos sea el que alcance más peso al caracterizar a la juventud, mientras que al hablar del/a cubano/a en sentido general ello ocupó el tercer lugar, precedido de aquellas características que se refieren al buen carácter y a las buenas relaciones humanas, lo que puede ser indicativo de la tendencia a reforzar la autoimagen positiva - en este caso del grupo concreto de pertenencia - destacando aquellos elementos a los que se le atribuye más valor.

Quiere decir que tanto la valoración de los rasgos que caracterizan a la población de conjunto, al grupo juvenil y los que se atribuyen personalmente expresan la existencia

de una clara autoimagen, estable en el tiempo, positivamente orientada, apoyada fundamentalmente en elementos positivos del carácter y elevados valores humanos y sociales, dirigidos a la solidaridad, las buenas relaciones humanas, la capacidad de trabajar y enfrentar los problemas con sacrificio y optimismo, sin que ello signifique que no está presente cierta valoración crítica, (aunque es menor la valoración autocrítica) que confirma lo ya constatado por otros autores acerca de la aparición de una autoimagen más balanceada y menos apologética del /a cubano/a.

Esta imagen más contradictoria se expresa en la coexistencia de visiones altamente positivas con rasgos negativos, incluso en lo personal. Es interesante que esto se asocia al hecho de que esa convivencia de características positivas y negativas no implica conflictos antagónicos, digamos que son poco comunes las visiones polarizadas (aunque también se expresaron del corte "trabajadores– vagos"; "responsables–irresponsables"; "cumplidores–incumplidores"; "conscientes–inconscientes". Más bien se trata de rasgos positivos y negativos que conviven con cierta armonía, por ejemplo "solidarios–alardosos"; "inteligentes–gritones".

Ello se complementa con el hecho de que todos/as los/as jóvenes expresaron al menos un motivo para sentirse orgullosos de ser cubanos. El peso mayor se le atribuyó a factores históricos y políticos, relativos a la valentía, luchas por la independencia, capacidad de resistencia, dignidad, así como el ejemplo internacional que representa Cuba. En segundo lugar se situaron como motivo de orgullo las oportunidades que brinda el sistema social, en especial las referidas a la educación y a la tranquilidad ciudadana y en tercer lugar se le brindó importancia a las características de la población. Un segmento no identificó motivos específicos sino que argumentó su orgullo por el hecho de ser su país, haber nacido y vivir en él, es decir, por el hecho de su pertenencia nacional y en menor medida se mencionaron elementos de cultura e idiosincrasia y elementos naturales y geográficos.

Por último, el estudio constató cierta heterogeneidad de percepciones de la juventud en relación con el mundo adulto y también en relación con los distintos segmentos etáreos que conforman la propia juventud. Conviven percepciones de predominio de diferencias y de semejanzas generacionales aunque las primeras superan un tanto a las segundas. Sin embargo, la percepción de diferencias es también fuertemente heterogénea, destacándose tres posiciones claves: una valoración comparativa entre jóvenes y adultos que culmina con una evaluación que adjudica dos signos a la juventud actual respecto de sus predecesores: negativo o positivo y una tercera que, sin hacer una evaluación ni colocar un signo, reconoce diferencias condicionadas por los contextos. Esto, unido al reconocimiento de un predominio de la diversidad al interior de la juventud cubana y de sus diferencias respecto de la juventud de otros países, así como a una autoimagen altamente positiva, aunque no absolutizadora ni apologética, brinda elementos de interés para la interpretación de la identidad generacional de la juventud cubana actual como elemento relevante de su subjetividad.

**A modo de cierre.**

Dos elementos han estado presentes y se han reforzado en la conciencia nacional a lo largo de su existencia: el sentido de continuidad y coherencia en el proyecto de independencia y desarrollo nacional y el constante afianzamiento de esa identidad ante la amenaza de absorción económica y asimilación cultural que aun se mantiene.

Resulta evidente la existencia de un conjunto de rasgos, sobre todo los que aluden a las relaciones interpersonales y la facilidad para la comunicación, que tienen una presencia permanente a lo largo del tiempo, es decir, tienen elevada estabilidad y permanencia, lo que debe constituir el núcleo central con el que los cubanos se autoidentifican de forma espontánea, aquello que se ha definido como los puntos donde están las representaciones, las significaciones y los afectos que las personas sienten como parte de su mismidad.

Vale la pena recordar la aclaración que hace Alejandro Portes cuando señala:

*"[…] La identidad personal, con todas sus características, tiene mucho que ver con las interacciones sociales de índole cara a cara … mientras que la identidad nacional como un todo, … tiene mucho que ver no solamente con las interacciones personales, sino con las interacciones de una nación a través de su historia. Son en gran parte las experiencias históricas las que van a definir un sentido común de identidad nacional y establecer pautas que marcan claramente el sentido común del ser"* (Col. de Autores, 1995, 50-51).

A lo que habría que añadir el importante papel de la cultura espiritual, en especial la literatura y el arte, como mediador entre esa experiencia histórica y el individuo, por su capacidad de reelaboración simbólica para ser devuelta como representación colectiva.

Por eso, los años 90, con su peculiar evolución para la sociedad cubana, ha tenido impactos para la identidad nacional que, a mi modo de ver, pasan por cinco direcciones generales:

1. La ruptura de los estrechos nexos con la ex - Unión Soviética y el resto de Europa Oriental que han devuelto a Cuba a una más estrecha relación con su contexto latinoamericano y la ha obligado a una reinserción en el mundo que amplía sus contactos e interrelaciones.
2. El propósito de preservar un modelo socioeconómico alternativo al capitalismo, después de la pérdida del referente del llamado "socialismo real", lleva a una búsqueda más profunda en sus raíces históricas nacionales y a la actualización de un pensamiento social propio.
3. La agudización de las tensiones con el gobierno de Estados Unidos ante el incremento de las presiones para obligar a un cambio al capitalismo, refuerza el sentimiento de independencia y soberanía nacional.
4. La afectación en las condiciones económicas, de vida y de trabajo de la población, genera comportamientos contrapuestos que coexisten actualmente en la sociedad: un espíritu de resistencia y supervivencia en las más difíciles condiciones que refuerzan la

cohesión nacional y la autoestima; y un espíritu de competitividad y búsqueda de vías alternativas que refuerza el individualismo y puede cambiar su autoimagen.

5. La situación económica, la estrategia de reestructuración en el ámbito social y algunas de las estrategias individuales utilizadas, han dado lugar a la aparición de desigualdades sociales no presentes en décadas anteriores, que provocan cierta heterogeneidad en los rasgos del cubano y en sus percepciones, que deben impactar la identidad nacional.

Para la actual generación joven el proceso se combinará con sus principales fortalezas y debilidades. Las primeras son sus elevados niveles educativos y sus altas expectativas que pueden actuar como factores dinamizadores hacia un mayor esfuerzo. Sus principales debilidades son cierta concentración de dichas expectativas hacia el área del consumo material, así como una relativa pasividad.

La generación de los años 90 se caracteriza por una mayor heterogeneidad estructural que las precedentes, a partir de cierta recomposición de la estructura socioclasista de la sociedad y del fortalecimiento de algunas diferencias territoriales asociadas al ritmo de recuperación económica y la presencia del sector emergente. De ello también se deriva el crecimiento de la heterogeneidad en el área subjetiva, en particular en cuanto a expectativas, valores y cultura política, lo que se expresa en un amplio abanico de intereses y en una diversidad mayor que tiene sus efectos en la conformación de identidades.

No es posible tampoco desconocer las influencias más universales de la época, signada por la creciente interacción tecnológica y directamente humana, que imponen cambios y marcan la fisonomía de la actual generación joven con rasgos comunes más allá de fronteras nacionales. Estos procesos provocan efectos contrapuestos pues tienden, simultáneamente, a acentuar la fragmentación y a potenciar la integración al interior de la generación, lo que a su vez tiene impactos interesantes en la dinámica de relaciones intergeneracionales.

Los rasgos comunes adquiridos durante la socialización de la actual juventud en el contexto social que le ha tocado vivir en la etapa clave de su conformación como generación, así como los impactos aproximadamente similares que se han producido sobre ella, imponen su sello y marcan diferencias en relación con las precedentes. Esto favorece la aparición de una identidad juvenil fuertemente integrada y claramente diferenciada de las generaciones anteriores, la cual se expresa con mayor fuerza que en las últimas décadas.

Sin embargo, los efectos diferenciadores de algunas de las medidas del reordenamiento económico, el incremento de la heterogeneidad de experiencias vitales acumuladas y la concentración de un segmento de la juventud en la búsqueda de salidas individuales que los aleja de la participación en soluciones colectivas, crean distancias al interior del grupo juvenil que limitan la conformación de una identidad generacional ampliamente compartida.

En sentido general, es posible apreciar el surgimiento de una nueva generación: la generación de los 90, en la que emerge la preocupación acerca de cuáles son las metas posibles -individuales y sociales- a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.

Este segmento juvenil está en un proceso de búsqueda y adaptación a un escenario relativamente distinto del de las anteriores generaciones, aun no completamente delineado y precisado, portador de tendencias contradictorias, para el cual las instituciones socializadoras tampoco tienen todas las respuestas y para los cuales los valores permanentes de la identidad nacional cubana son un valioso referente orientador.

Tales ideas pueden guiar el estudio de la evolución de la identidad nacional cubana en este período y sus posibles tendencias de movimiento, así como servir de guía en el

análisis del papel de las instituciones socializadoras tanto formales como informales en la conformación de esa identidad en las nuevas generaciones.

**Bibliografía**

Berger, P. L. y T. Luckmann (1967). The Social Construction of Reality. Anchor Books, New York.

Colectivo de Autores (1995). La Discusión Conceptual de lo Cubano en Cuba y en el Exterior. (R.. Hernández, C. de la Torre, P.P. Rodríguez, F. González, R. Martínez Furé, L. Pérez, E. Cueto, A. Pontes). En: Cuba: Cultura e Identidad Nacional. Ediciones Unión. La Habana. pp. 25-70.

Colectivo de Autores (1995). Nación e Identidad. (N. Bolívar, R. Hernández, C. Martín, G. Pogolotti, PP. Rodríguez, J. Santana, E. Ubieta, M. Uriarte). En: Revista Temas No.1. La Habana. pp. 95-117.

Cristóbal, A. (1995). Precisiones sobre Nación e Identidad. Revista Temas No.2. La Habana. pp. 111-115.

Chain, C. (1968). Formación de la Nación Cubana. Ediciones Granma. La Habana.

Díaz Guerrero, R. (1984). - Psicología del Mexicano. Edit. Trillas. México.

Domínguez, M.I. (1994). - Las Generaciones y la Juventud: Una Reflexión sobre la Sociedad Cubana Actual. Tesis Doctoral. CIPS. La Habana. (Inédito).

---------- (1995). Generaciones y procesos sociales en Cuba. En: Revista Contracorriente No. 1, La Habana.

---------- et.al. (1989-1990). Las generaciones en la sociedad cubana actual. (Informes de investigación). Fondos del CIPS, La Habana.

---------- y M.E. Ferrer (1996 ). Jóvenes Cubanos: Expectativas en los 90. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

----------, D. Cristóbal y D. Domínguez (2002). Subjetividad e integración social de la juventud cubana. (Informe de investigación). Fondos del CIPS, La Habana.

Entralgo, E. (1996). Perioca Sociográfica de la Cubanidad. Ediciones Unión. La Habana.

Erikson, E.H. (1994). Identity. Youth and Crisis. Norton & Company. New York.

García Alonso, M. y C. Baeza. (1996). Modelo Teórico para la Identidad Cultural. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello". La Habana.

Guerra, R. (1970). Azúcar y Población en las Antillas. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

Ibarra, J. (1985). Un análisis psicosocial del cubano: 1989 – 1925. Edit. Ciencias Sociales, La Habana.

Jiménez Bautista, F. (1997). Juventud y Racismo. Actitudes y comportamientos en Granada. Ayuntamiento de Granada.

Mañach, J. (1991). Indagación del Choteo. Ediciones Universal. Miami, Florida.

Martí, J (1972). Con Todos y para el Bien de Todos. En: Antología Mínima. Edit. Ciencias Sociales. La Habana. pp. 115-128.

--------- (1972a). Mi raza. En: Antología Mínima. op. cit. pp. 169-172.

--------- (1972b). Los Pinos Nuevos. En: Antología Mínima. op. cit. pp. 129-134.

--------- (1972c). Nuestra América. En: Antología Mínima. op. cit. pp. 307-317

Martín Barbero, Jesús (2000). Jóvenes: comunicación e identidad. Ponencia presentada a la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Cultura. Ciudad de Panamá, septiembre 2000. En: http//www.oei. es Cumbres OEI -Cultura-Conferencia 2000

Martín, C. y M. Perera. (1996). El Cubano Frente al Espejo. En: Revista Caminos No. 3. La Habana. pp. 16-19.

Martín, J.L. (1990). Youth and the Cuban Revolution: Notes on the Road Traversed and Its Perspectives. En: Latin American Perspectives. Vol.18, No. 2, Spring. Sage Publications. pp. 95-100.

Monal, I (1997). Saco y los orígenes de la nacionalidad cubana. En: Revista Bimestre Cubana. Época III. No.7. Julio-Diciembre. La Habana. pp. 115-120.

Montero, M. (1984). Ideología, alienación e identidad nacional. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

---------- (1987). A través del Espejo. En: Psicología Política Latinoamericana. Edit. Panapo. Caracas.

Montiel, Edgar (1993). América Latina en la geopolítica de las culturas. En: A. Calombre (Comp.). A.L. El desafío del Tercer Milenio. Serie Antropológica. Edic. del Sol, Buenos Aires.

Moreno Fraginals, M. (1978). El Ingenio. (Tomo I). Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

Ortiz, F. (1987). Entre Cubanos. Psicología Tropical. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

---------- (1996). Los Factores Humanos de la Cubanidad. En: Fernando Ortiz y la Cubanidad. Ediciones Unión. La Habana. pp. 1-35.

---------- (1996a). Del Fenómeno Social de la Transculturación y de su Importancia en Cuba. En: Fernando Ortiz y la Cubanidad. op. cit. La Habana. pp. 36-43.

Perera, M. (1993). Latinoamérica y España: Su Imagen entre los Cubanos. Fondos del CIPS, La Habana. Ponencia presentada en el Congreso Interamericano de Psicología en Santiago de Chile.

Pérez de la Riva, J. (1975). El Barracón y otros Ensayos. Edit. Ciencias Sociales. La Habana.

Ramírez Dorado, S. (1990). Hacia una Psicología Social del Nacionalismo (Tesis Doctoral). Universidad Complutense de Madrid, España.

Rodríguez, Pedro Pablo (1995). "La discusión conceptual de lo cubano en Cuba y en el exterior". En: Cuba: Cultura e Identidad Nacional. Op.cit.

Salazar, J.M. (1987). El Latinoamericanismo como una Idea Política. En: Psicología Política Latinoamericana. Edit. Panapo. Caracas, Venezuela.

Sorín, M. (1991). Identidad Nacional, Identidad Latinoamericana y Desarrollo Moral en el Cubano de Hoy. En: Problemas de la Psicología Política en América Latina. Edit. Eduven, Venezuela

Torre, C. de la (1995). Conciencia de Mismidad: Identidad y Cultura Cubana. En: Revista Temas. No. 2. La Habana. pp. 111-115.

---------- (2001). Las identidades. Una mirada desde la Psicología. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello", La Habana.

Torres - Cueva, E. (1997). José Antonio Saco. Doscientos Años Después. En: La Gaceta de Cuba. Año 35. No.6. noviembre - diciembre. La Habana. pp. 40-42.

Ubieta, E. (1993). Panhispanismo o Panamericanismo: Controversia sobre Identidad Cultural (1900 - 1922). En: Ensayos de Identidad. Edit. Letras Cubanas. La Habana. pp. 11-80.

---------- (1993a). El Ensayismo y la Identidad Nacional en Cuba: Itinerario de una Relación Inconclusa. En: Ensayos de Identidad. op.cit. pp. 112-143.

Vicent, M. (1989). Estudio Psicosemántico de identidad. Trabajo de Diploma. Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.